

desembocado Marmont al fin de Festieux en la llanura de Laon. Su cañon retumbó á las tres de la tarde, llenando á Napoleon de esperanza y á Blucher de ansiedad.

Por el camino de Reims, y con la jóven division de Padua á la cabeza, se habia dirigido á la aldea de Athies en presencia de las oleadas de la caballería enemiga. Sucesivamente rechazó á esta caballería y aproximóse á la misma aldea de Athies. Allí estaban en posicion las tropas de York y de Kleist. Por su parte, Marmont, que oia el cañon del emperador y que conocia la necesidad de hacer algo en esta jornada para apoyarle, creyó que debia señorear á Athies; y para facilitar el ataque á sus jóvenes tropas, situó sobre su frente cuarenta bocas de fuego y cañoneó implacablemente la aldea. De seguida hizo que la asaltase la infantería del duque de Padua, y la tomó al cabo. Tocando á su fin el dia, se detuvo y tomó posicion allí donde habia terminado su triunfo.

Hasta ahora todo iba á maravilla, y la jornada prometia buenos resultados, aun no estando consumada mas que á medias la obra, para el dia siguiente, siempre que se pudiera conjurar la inferioridad numérica, dificultad grave, pues en proporcion de uno contra dos era la pelea, con tropas de reclutas y en contra de las veteranas huestes de Europa. Sin embargo, tan extraordinarias cosas se habian ejecutado en esta campaña, y con especialidad la víspera y dos dias antes, que si al siguiente se arrancaba con empuje del punto á donde se habia llegado, de modo que, atrayendo Marmont la principal masa del enemigo, se pudiera lanzar Napoleon desde Clacy á la otra parte de

Laon, casi era segura la victoria. Mas para que esto acaeciera se necesitaban muchas circunstancias felices; ante todo, conseguir obrar de concierto y á gran distancia, y por entre los bosques, los pantanos y los cosacos, y, por último, pasar bien la noche y con especialidad Marmont en posiciones in- seguras.

Establecido Marmont al aire dentro de la aldea de Athies y en medio de la llanura, aguardaba las instrucciones de Napoleon, y para pedir las envió al coronel Fabvier al frente de quinientos hombres. ¿Acaso era ocasion de aguardarlas inmóvil, ó de tomar posicion durante la noche, ya que de dia vió masas inmensas de caballería, y de tomarla á la espalda hácia Festieux, por ejemplo, especie de pequeña garganta por donde habia desembocado en la llanura, y donde se hallara en seguridad completa? No obstante, el temor mal entendido de abandonar el terreno conquistado aquella tarde, le retuvo é impidióle operar un movimiento retrógrado que aconsejaba la prudencia. Menos excusable era aun no multiplicar las precauciones contra una sorpresa de noche, hallándose en medio de oleadas de enemigos. Con una lijereza, que disminuía parte del valor de sus cualidades, fió Marmont el cuidado de su seguridad á sus lugartenientes. Estos dejaron á los jóvenes soldados rendidos de fatiga que se desparramasen por las haciendas comarcanas, y ni aun pensaron en proteger la batería de cuarenta cañones que habia disparado sobre Athies con tan buen suceso. Jóvenes artilleros de marina, poco habituados al servicio de tierra, estaban destinados al de esta batería, y no se cuidaron de tornar á poner sobre el juégo delantero sus cañones,

de manera de podérselos llevar prontamente al primer peligro. Todos, así gefes como oficiales, se fiaron de la noche, de la cual debieron desconfiar por el contrario, de todo punto.

De sobra existían razones para desconfiar de esta noche funesta, porque, tan luego como oyó Blucher el cañon de Marmont, se persuadió de que el verdadero ataque venía por el camino de Reims, y de que el que sobre el camino de Soissons había llenado toda la jornada, no era más que un simple simulacro; por lo cual echó de ver que al camino de Reims urgía enviar el grueso de sus fuerzas. Acto continuo puso en movimiento á Sacken y á Langeron, dejados detrás de Laon en reserva, y haciéndoles girar alrededor de la ciudad, les envió en apoyo de York y de Kleist, agregando la mayor parte de la caballería, que hacía aquel lado no podía menos de ser de gran fruto. Como estaba avanzadísimo el día al terminar este movimiento, no se quiso atener á disposiciones preparatorias, y discurrió aprovechar la oscuridad para ejecutar una sorpresa de noche con su caballería en masa.

Con efecto, á eso de media noche, y cuando menos lo pensaban los soldados de Marmont, se precipitó sobre ellos una nube de ginetes dando espantosos gritos. Soldados veteranos, mas acostumbrados á los accidentes de la guerra, se sorprendieran menos y se juntaran en sus puestos mas pronto; pero un terror pánico se propagaba en las filas de esta infantería bisoña, que se da á correr á toda prisa. Los artilleros que no habían preparado los cañones de manera de llevárselos presurosamente, se salvan sin pensar en ellos. Entre las

tinieblas los mismos enemigos se mezclan con nosotros y acrecientan la barahunda, mientras galopando su artillería montada sobre nuestros flancos, dispara á metralla con riesgo de herir á los suyos como á los nuestros. Así se marcha en medio de un desorden indefinible, sin saber adonde, y por el tropel es arrastrado el mariscal Marmont al mismo paso. Afortunadamente el sexto cuerpo, que formaba el núcleo de las tropas de Marmont, recupera algo de su sangre fría y hace alto en las cumbres de Festicux donde tan fácil fuera proporcionarse una posición segura para la noche. No osando aventurarse mas lejos el enemigo, suspende la persecución, y libres nuestros soldados de su presencia acaban por rehacerse y ordenarse.

Este accidente, de los mas funestos que puedan ocurrir á general alguno, y, sobre todo, por las consecuencias que trajo, no nos costó materialmente mas que algunos cañones, doscientos ó trescientos hombres fuera de combate, y unos mil prisioneros que á otro día se nos incorporaron en parte; pero desbarataba nuestra empresa tan difícil y complicada de suyo. Al saber Napoleon por la noche esta deplorable refriega, se arrebató contra el mariscal Marmont, pero los arrebatos no enmendaban la menor cosa, y al punto aplicóse á examinar el partido mas conveniente. Renunciar á su ataque y retroceder equivalía á comenzar una retirada que debía parar en la ruina de Francia y la suya propia. Atacar, cuando la diversion fiada á Marmont había fracasado, cuando entre Laon y Soissons tenía delante de sí acumuladas las masas del enemigo, se resentía de muy temerario. A pe-recer conducían casi todos los partidos. No aten-

diendo mas que á la energía de su alma, Napoleon quiso probar sobre Laon una tentativa desesperada, por ver si el acaso tan fecundo en la guerra le facilitaria lo que no le pudieron proporcionar las mas sábias combinaciones.

Se iba á precipitar sobre Laon cuando Blucher le ganó por la mano. Este, al principio, trató de lanzar sobre Marmont la mitad de su ejército, por creer que allí estaba la principal columna; pero en su estado mayor se alzaron voces numerosas contra este proyecto, y se le probó que ante todo urgía hacer cara á Napoleon delante de la ciudad de Laon. Enfermo Blucher este dia, y cediendo al dictámen de sus lugartenientes mas que de costumbre, suspendió el movimiento prescripto, y determinóse á dirigir sus esfuerzos de frente y en derecha, con especialidad sobre Clacy por donde Napoleon amenazaba rebasarle.

En el mismo punto en que Napoleon ponía en movimiento sus tropas á fin de renovar sus ataques, trasladándose tres divisiones de la infantería de Woronzoff sobre nuestra izquierda, se desplegaron en torno de la aldea de Clacy con el designio de tomarla. Allí se hallaba el general Charpentier, que habia reemplazado á Victor, con su division de la Joven Guardia y la division de Boyer, muy diezmadas una y otra de resultas de los últimos combates. Por su parte Ney se habia apoyado á la izquierda, para sostener á Charpentier, y situó algo á la espalda su artillería y á media pendiente, de manera de coger en banda á las masas rusas, prontas á caer sobre Clacy. Desde las nueve de la mañana volvió á empezar una tenaz lucha en torno de esta infeliz aldea, cuya posicion era poco do-

minante por nuestra fortuna. El general Charpentier, que hizo pruebas de tanta energía como habilidad en estas jornadas, dejó que se adelantara á tiro corto de fusil la infantería rusa, y despues recibióla con un fuego de fusilería espantoso. Asi los oficiales como los sargentos se prodigaban para suplir la falta de instruccion de sus jóvenes soldados, en quienes hallaban á la verdad una adhesion ilimitada. Tan mortifero fué el fuego sufrido por la primera division rusa que fué arrollada al pie de la posicion: otra ocupó su puesto de seguida, y no fué mejor tratada. Además del fuego de Clacy recibian las tropas acometedoras el de la artillería de Ney, ventajosísimamente situada, segun ya hemos dicho, por lo cual ocasionaba terribles destrozos. Verdaderamente algunos proyectiles de esta artillería iban á parar dentro de Clacy sobre nuestros soldados; pero en el ardor del combate, no se pensaba ante todo mas que en detener al enemigo y en destruirle á cualquiera costa.

Renovado hasta cinco veces el mismo ataque por los rusos estrellóse otras tantas ante el heroismo del general Charpentier y de sus soldados. Entonces repelidos los rusos se replegaron sobre Laon. Cobrando Napoleon algo de esperanza y lisonjeándose de haber fatigado quizá el teson de Blucher, llevó las dos divisiones de Ney (las de Meunier y Curial) sobre Laon en derecha por el arrabal de Semilly, que no habíamos cesado de ocupar. Nuestros jóvenes soldados, lanzados por Ney sobre la cumbre, lo arrollaron todo por delante, treparon uno de los lados del pico triangular de Laon, y aprovechándose de la configuracion del terreno, hueco por allí y reentrante, llegaron hasta

las murallas de la ciudad. Pero la sólida infantería de Bulow atajólos al pie del baluarte, y acribillándolos despues á metralla, les obligó á bajar de nuevo de aquella fatal altura, ante la cual debía zozobrar la fortuna de nuestras armas: Sin embargo. Napoleon, que todavía no renunciaba á arrancar á Blucher de aquel puesto, sobre nuestra izquierda, y á distancia envió al general Drouot á la cabeza de un destacamento, para ver si seria posible trasladarse al camino de Fère é inquietar lo bastante al enemigo para hacerle soltar la presa.

Habiendo declarado Drouot, despues de un atrevido reconocimiento, con una sinceridad no puesta jamás en duda, la imposibilidad de esta última tentativa, Napoleon se hubo de resignar al fin á considerar á Blucher como inexpugnable. Cuarenta y ocho horas hacia que lo eran el uno para el otro, pues tan impotente habia sido Blucher contra las aldeas de Clacy y de Semilly como Napoleon contra la altura de Laon. Pero Napoleon no podia seguir veinte y cuatro horas mas inexpugnable, si volviendo Blucher á su proyecto de marchar por el camino de Laon á Reims en masa, arrollaba á Marmont sobre Berry-au-Bac, y pasaba el Aisne sobre nuestra derecha. No habia, pues, medio de proseguir en aquel punto, y fuerza era desandar camino para replegarse sobre Soissons. Por dolorosa que fuera la resolucion ésta, como tenia el caracter de indispensable, la adoptó Napoleon sin vacilaciones, y á otro dia, 11 de marzo, por la mañana, volvió á pasar el desfiladero de Chivy y de Etouvelles á fin de trasladarse sobre Soissons, mientras Marmont, establecido sobre Berry-au-Bac, defendía el Aisne por mas arriba. Muy bien se

guardó el enemigo de seguir á este leon irritado, cuyas arremetidas hacian temblar hasta á un contrario victorioso. Asi Napoleon pudo tornar á Soissons sin ser inquietado.

Estas tres terribles jornadas del 7 en Craonne, del 9 y del 10 en Laon, costaron á Napoleon cerca de doce mil hombres, y si no costaron menos de quince mil al enemigo, este era flojo consuelo, porque le quedaban alrededor de noventa mil combatientes, y no llegaban á cuarenta mil los nuestros, aun contando la pequeña division del duque de Padua, que habia ido á reforzar á Marmont. No estaba lo peor en la pérdida numérica, sino en la pérdida moral y en las consecuencias militares de las últimas operaciones. Descuidar un momento á Schwarzenberg para marchar de nuevo á batir á Blucher, y revolver de seguida sobre Schwarzenberg, ora acometiéndole en derechura, ora allegando antes las guarniciones, era la última combinacion que Napoleon habia ideado, y que, si no le hacia traicion la fortuna, le debia conducir á expulsar del territorio á los enemigos. Pero no habiendo batido á Blucher por mas que le hubiera tratado rudamente, le iba á seguir este infatigable contrario al marchar contra Schwarzenberg, y se exponia á ver á los dos juntos para abrumarle. Evidentísimo, y muy difícil de conjurar era el peligro.

Asi Napoleon volvió á entrar en Soissons triste por extremo, mas no tanto como el ejército, que comprendia bien la situacion y empezaba á temer que fueran impotentes tantos esfuerzos para salvar á Francia. Pero el inflexible genio de Napoleon, ilustrado por su grande experiencia, no estaba

abatido, por conocer que los azares de la guerra son inagotables, y que nunca hay que desesperar á tal de que se persevere. Aun contaba con falsos movimientos del enemigo, y se lisonjeaba de que una falta del presuntuoso Blucher, quizá del prudente Schwarzenberg, le restituiria muy luego su perdida fortuna. A mayor abundamiento no habia cesado de permanecer entre sus dos contrarios, y de impedir, por consiguiente, que se hallaran juntos; aun le quedaban algunos recursos en París, y si entregaba esta ciudad á sí misma, para encaminarse á las plazas, los hallaria allí de mayor monta, con los cuales podria mudar el semblante de los sucesos. Por tanto, conservó una presencia de ánimo de que pocos hombres de guerra han dado ejemplo y quizá ninguno, pues jamás hubo mortal que bajara de tan arriba á situacion tan desastrosa. Con efecto, habia sublevado el mundo contra su persona, y desprendido de él á Francia. A la verdad le quedaba un cuerpo de oficiales admirables, formados en su escuela, llenos de santa desesperacion, que comunicaban á la heroica juventud francesa; le quedaba su inagotable genio, el orgullo de su alta fortuna, y no estaba turbado sin duda porque hasta en su caída vislumbraba una indeleble gloria. Vuelto á Soissons, que no habia osado conservar el enemigo, con los ojos fijos en Blucher y en Schwarzenberg acechaba cual de los dos cometeria la falta de que pensaba aprovecharse. Veinte y cuatro horas hacia que se ocupaba en dar pan, zapatos, algun descanso, y organizacion algo mejor á sus jóvenes soldados, cuando uno de los enemigos numerosos destinados en su seguimiento se vino á poner á su alcance. No era otro

que el general de Saint-Priest que traia un nuevo destacamento sacado del bloqueo de las plazas, donde le habian relevado milicias alemanas. Por los Ardennes habia venido sobre Reims, de cuya ciudad habia expulsado al destacamento de Corbineau. Quince mil soldados eran prusianos y rusos á las órdenes de un oficial excelente, francés por desgracia, á quien el odio al régimen de 1793 condujo tiempos antes á Rusia, sin que se determinara á volver cuando el tal régimen cesó de ensangrentar á Francia. No constituia una presa de bastante monta para indemnizar á Napoleon de sus últimos descalabros, pero echándose encima aun podia hacer sentir el peligro de aventurarse cerca de su persona, y obligar á la circunspeccion á sus contrarios. Además en espera de mejor fortuna, no habia por qué desdeñar la presente.

Mientras Blucher se hallaba detenido á orillas del Aisne de resultas de la posicion tomada por Marmont en Berry-au-Bac, Napoleon adoptó sus disposiciones para trasladarse de Soissons á Reims y aniquilar el cuerpo de Saint-Priest. Durante la noche del 12 previno á Marmont que dejara en Berry-au-Bac las fuerzas indispensables, y corriera á Reims con el resto, á la par que iba al mismo punto por el camino de Fismes en persona. A una legua de Reims se debian juntar á otro dia, 13 de marzo, por la mañana. Se impuso y se observó el mayor sigilo.

Despues de poner dentro de Soissons treinta bocas de fuego en bateria detrás de sacos de tierra y de toneles; despues de destruir todos los obstáculos que perjudicaban á la defensa, despues de dejar de guarnicion algunas reliquias de batallones y

un gobernador excelente, partió Napoleon el 12 por la noche hácia Reims con la regular satisfaccion que le debía infundir el triunfo que iba á alcanzar sin duda. Al despuntar la aurora encontró al cuerpo de Marmont y á este gefe, á quien dirigió algunas reconvençiones, si bien no tan severas como las merecia á todas luces, y empujó hácia Reims á los treinta mil hombres que habia reunido por virtud de este golpe de mano.

Al paso y sobre la derecha se vieron en la aldea de Bosnay dos batallones prusianos que comian el rancho. Se les interrumpió la toma de alimento cogiéndolos á todos, no sin que opusieran alguna resistencia; y llegóse en frente de Reims de seguida. Ganoso Napoleon de copar el cuerpo de Saint-Priest, por entero, pensaba hacer pasar el Vesle á sus tropas de á caballo, y llevarlas mas allá de Reims para cortar la retirada al imprudente enemigo caido en sus redes. Pero los aliados habian destruido el puente, y como fuera harto larga la operacion de restablecerlo, no hubo mas arbitrio que volcar sobre Reims á las tropas de Saint-Priest salidas á defender las alturas. Atacadas con grandísimo denuedo, se las repelió de las cumbres á la ciudad al cabo de un combate muy corto. Entonces el emperador lanzó los regimientos de las guardias de honor sobre ellas. El general Felipe de Segur, gefe de uno de estos regimientos, rebasó la extrema izquierda del enemigo, arrolló su caballería y se apoderó de once cañones. Cogida de revés la infantería rusa á consecuencia de este movimiento, se precipitó sobre Reims y quiso defender sus puertas; mas fueron derribadas á cañonazos; y seguidamente los franceses entraron reñuel-

los con aquella infantería y la cogieron cuatro mil prisioneros. Este rápido golpe de mano, que solo nos costaba algunos centenares de hombres, privó de seis mil al cuerpo de Saint-Priest, que por de pronto fué repelido á distancia; y el mismo Saint-Priest quedó allí sin vida.

Sin restituir á Napoleon este triunfo el ascendiente que tenia despues de Montmirail, ofrecia la ventaja de proporcionar algun consuelo á sus tropas y de contener al enemigo, que comprendia la necesidad de reflexionar sobre los mas leves movimientos á la vista de semejante contrario. Se detuvo en Reims para obrar á tenor de lo que le aconsejaran los sucesos.

Realmente la situacion habia variado bajo el aspecto militar y político durante los diez ó doce dias empleados por Napoleon en medirse con Blucher. Al salir de Troyes dejó al mariscal Oudinot, al general Gerard y al mariscal Macdonald en persecucion del príncipe de Schwarzenberg, con órden de empujarle hasta mas allá del Aube, mientras se fingia negociar en Lusigny un armisticio. A la par habia dispuesto que sus tres lugartenientes, á la cabeza de mas de treinta mil hombres hicieran gritar *viva el emperador!* á las avanzadas con el fin de persuadir al enemigo de que no habia partido de aquel punto. Pero la ilusion no duró veinte y cuatro horas. Solamente la manera de ser ejecutada la persecucion despues de su partida bastó á poner de manifiesto su ausencia, y el príncipe de Schwarzenberg, que habia prometido volver á tomar la ofensiva tan luego como Napoleon se le alejara para ir contra Blucher, cumplió su palabra desde el 27 de febrero por la mañana. Con ánimo de

atraer sobre el Aube á las tropas francesas, que habian cruzado este rio en su seguimiento, dirigió al mariscal de Wrède hácia Bar-sur-Aube, y al príncipe de Wittgenstein hácia el puente de Dolancourt. Cerca de sí conservó á Giulay y á las reservas austriacas.

En posición estaban el mariscal Oudinot y el general Gerard junto al Aube, y el mariscal Macdonald junto al Sena. Echando de ver el 27 por la mañana la vuelta ofensiva del enemigo los dos primeros, especialmente amenazados, se dirigieron el general Gerard á Bar-sur-Aube y el mariscal Oudinot á Dolancourt para defender el paso del rio en ambos puntos. Muy al alcance el mariscal Oudinot de ser la posición de Dolancourt mala como dominada por todas partes, y de que un movimiento retrógrado pondría la partida de Napoleón hácia en evidencia, ideó mantenerse delante del Aube, y defender las alturas de Arsonval y de Arventières á todo trance. Dejando la división de guardias nacionales de Paethod para cubrir el puente de Dolancourt, llevó á la altura de mas allá las dos brigadas de la división de Leval, y la que aun quedaba de la división de Boyer. A estas tres brigadas traídas de España, apoyadas por los dragones de igual procedencia, y sumando en totalidad siete mil infantes y dos mil caballos, con unas treinta bocas de fuego subidas de lo hondo del valle del Aube, les costó sumo trabajo sostenerse delante de cien bocas de fuego del enemigo. Ametralladas primero las brigadas de Monfort y de Chascé, y despues acometidas por los coraceros austriacos, se mantuvieron firmes y rechazaron todos los ataques, interin el conde de Valmy va-

deaba el Aube para ir en su socorro. Completamente envueltas estas dos brigadas de infantería sin experimentar la turbación mas leve, auxiliadas alternativamente por la brigada de Pinoteau y por los dragones de España, que cargaron al galope á la formidable artillería de los austriacos, y mataron á los artilleros sobre los cañones, por espacio de todo un día pudieron conservar su campo de batalla. Por fin, viendo venir encima ya cerca de la noche al resto del ejército de Bohemia, abandonaron las alturas, volvieron á ganar la margen del rio, y operaron con el mejor orden su retirada. Este admirable combate de ocho á nueve mil soldados contra treinta mil al principio, y contra cuarenta mil luego, costó al enemigo tres mil hombres, y dos mil á nosotros. Si todos los soldados de Napoleón fueran de calidad tan excelente, muy otro resultado tuviera la gran lucha.

Mientras defendía Oudinot las alturas de delante de Dolancourt tan á maravilla con las tropas de España, el general Gerard contuvo á los bávaros en Bar-sur-Aube, y les mató mucha gente, perdiendo muy poca, merced á las barricadas que le dieron abrigo. Al oír Macdonald el cañoneo corrió del Sena al Aube para coadyuvar á la defensa de los puestos atacados.

Aunque este rudo combate, del cual sacaron el príncipe de Wittgenstein una herida grave, y el príncipe de Schwarzenberg otra leve, fué de índole propia á hacer el ejército de Bohemia todavía mas cauto que de costumbre, con todo, era fácil reconocer por el número de las tropas desplegadas que aquello no era mas que una cortina, y que Napoleón estaba en otra parte. Si aun abrigara el

príncipe de Schwarzenberg sobre este particular alguna duda, se le desvaneciera del todo al ver delante siete ú ocho mil hombres á lo sumo. Desde entonces sus proyectos de retirada sobre Chaumont debieron ser abandonados por completo, y ora fuese que le aguijoneara la censura de los aliados, ora que se mostrase celoso de cumplir la palabra empeñada al ejército de Silesia, resolvió ir adelante y recuperar á lo menos la posición de Troyes, mientras seguía Blucher corriendo los azares de una marcha aislada. De consiguiente el día 28 se volvió á poner en movimiento, y juzgando los tres generales franceses con razon que el Aube era insostenible, y que la misma posición de Troyes podía ser rebasada por todas partes, se replegaron sobre el Sena entre Nogent y Montereau, dando á cada paso vigorosos combates de retaguardia. El príncipe de Schwarzenberg les siguió la pista, tornó á ocupar á Troyes, y bordeó el Sena de Nogent á Montereau, con la resolución firme de que, si Blucher iba sobre París, no avanzara solo.

Militarmente se había echado muy á perder la situación durante los diez á doce días empleados por Napoleon en pelear con Blucher; políticamente había empeorado sobremanera.

Abandonadas fueron definitivamente las conferencias de Lusigny por no necesitar ya desembarazarse el príncipe de Schwarzenberg de la persecución de Napoleon, y por insistir éste en ocultar una cuestión de fronteras bajo una cuestión de armisticio. Al entrar en Troyes, despidió el príncipe á los comisionados, que un instante intentaron atajar la efusión de sangre por virtud de una suspensión de armas. Hay que añadir que lo hizo

con sentimiento, y únicamente á impulsos del espíritu que reinaba en la coalición.

También en Chatillon se estaba á punto de rompimiento. Ya hemos dicho que al inducir á firmar en Chaumont el tratado de 4.º de marzo, consiguió lord Castlereagh que se fijara un plazo fatal, y que trascurrido éste se cesara de esperar el contraproyecto pedido á Mr. de Caulaincourt. Hasta el 10 de marzo fué el plazo, y se le dijo que despues de esta fecha se disolvería el congreso, y se remitiría toda negociación para despues de la ruina de los unos ó de los otros. El príncipe Esterhazy, enviado secretamente por Mr. de Metternich á Mr. de Caulaincourt, le renovó el consejo de tratar, y de tratar á toda costa, porque pasado este momento no se quería ya negociar con Napoleon, y se tiraría á quitarle, no solo el Rhin, sino el trono. Mr. de Caulaincourt trasmitió al cuartel general estos pormenores, suplicando al emperador que le permitiera desistir de las bases de Francfort en algunos puntos, porque, si persistía en sus resoluciones, al instante quedaría la negociación rota, y despues de su grandeza se pondría en cuestión hasta su existencia.

Lo que escribía Mr. de Caulaincourt á tenor de los consejos preñados, si bien sinceros del príncipe Esterhazy, era rigurosamente exacto. A la impaciencia de entrar en París, que sentía Alejandro, al odio furioso que animaba á los prusianos, se vinieron á agregar las excitaciones del partido realista. Mr. de Vitrolles, despachado, según se ha visto, con una comisión manifiesta por parte de Mr. de Dalberg, aunque no por parte de Mr. de Talleyrand, al cabo de muchos tropiezos consiguió



llegar al cuartel general de los aliados, y ser allí admitido, valiéndose de señas de reconocimiento de que era portador para Mr. de Stadion. Aunque para los ministros de la coaliccion fuese desconocido, no tardaron en mirarle con confianza, al oír su lenguaje sincero y apasionado, y, sobre todo, al saber que le autorizaban nombres de gran valia. Ante este primer mensaje formal recibido por los soberanos aliados, su satisfaccion fué suma, y su aliento adquirió doble arranque, porque la esperanza de hallar hasta dentro de París un partido que les abriria sus puertas, y que, una vez entrados les ayudaria á constituir un gobierno con quien pudieran tratar de ajuste, esta esperanza, vivisima al pronto cuando habian pasado el Rhin, muy debilitada luego al ver que en su rededor no estallaban sino muy escasas manifestaciones realistas, se despertaba ahora y acrecentaba mucho su resolucion de marchar adelante. A la larga pidieron á Mr. de Vitrolles noticias sobre la situacion interior de París, se lamentaron de no saber nada, y le repitieron el tema de costumbre, declarando que no habiendo ido en pró ni en contra de la causa de una dinastia, no pensarian en separar del trono á Napoleon sin preceder voto formal de Francia, si bien entonces se darian por felices de librarla del yugo que pesaba sobre ella y sobre Europa. A esto respondió Mr. de Vitrolles, apoyándose en los nombres de Mrs. de Talleyrand y de Dalberg, muy estimados en el campo de los aliados, y mucho mas que los nombres mas calificados entre los realistas, que Francia, trémula bajo la tiranía imperial, no osaba manifestar sus verdaderos sentimientos; que, sabedora además de que

se dedicaban á negociar en Chatillon con Napoleon las córtes de Europa, se sentia menos dispuesta aun á levantar el estandarte de la rebelion en contra suya, estandarte que los mismos soberanos aliados no se atrevian á alzar tampoco; pero que, si rompian con él de una manera definitiva, á su rededor verian estallar un entusiasmo unánime á favor de los Borbones. Desgraciadamente era verdad que la aversion de Francia al despotismo imperial y á la guerra debilitaba su horror al extranjero, y que, á pesar de haber olvidado completamente á los Borbones, de buen grado aceptaria cualquier gobierno que la libertara de sus padecimientos ya insoportables. Esta verdad, exagerada sin duda por el enviado de Mrs. de Talleyrand y de Dalberg, naturalmente hizo impresion en el ánimo de los ministros y de los soberanos reunidos en Troyes, y contestaron á Mr. de Vitrolles que estaban obligados á proseguir las negociaciones en Chatillon hasta el término convenido; que tratarian con Napoleon si aceptaba las fronteras de 1790; que en el caso contrario se romperia del todo, y se oiria cuanto se dijera á favor de otro gobierno que el suyo, con tal de que este gobierno acomodara á Francia y ofreciera probabilidades de duradero. Pero los partidarios de la guerra á muerte, á pesar de que no les hiciera falta ser excitados, al saber estas comunicaciones, sintieron doble anhelo de romper en Chatillon y de marchar sobre París. De aqui se derivaban los reiterados y secretos consejos que Austria hacia llegar á Mr. de Caulaincourt. ¡Algunos momentos más, y todo iba á mudar de semblante! (1).

(1) Mr. de Vitrolles, principal personaje empleado en